

reflexiona, que casi toda la provincia estaba ya pacificada, y que si ellos hubieran continuado con las armas en la mano, su porvenir no era otro que morir en cualquier combate ó fusilados por el primer Comandante realista que los hubiera hecho prisioneros.

En Abril de 1821, volvió á tomar las armas en favor de la Independencia, cuando Iturbide proclamó el Plan de Iguala; estuvo en la acción de Atzacapotzalco (Agosto) y entró á México con el Ejército de las Tres Garantías, el memorable 27 de Septiembre. Vuelto el ejército á sus respectivas Provincias, es probable que Ortiz, último de su familia que quedaba, siguiese en la división de Bustamante, destinada á Jalisco, ó tal vez que, como muchos hicieron, abandonase la milicia. En realidad, se ignora cuál fué su género de vida después de la Independencia.



DON FRANCISCO JAVIER MINA.

Es de los héroes más conocidos, y con sobrada razón figura entre los principales caudillos, no obstante que su campaña fué demasiado corta, por desgracia.

Era navarro, nacido en Monreal en Diciembre de 1789; pasó sus primeros años en las montañas, ejercitándose en la caza, en la que adquirió aquella fuerza y habilidad y aquella resistencia para las fatigas, que tan útiles le fueron en el curso de su agitada y tempestuosa vida. Hizo sus estudios primarios en Pamplona, destinándose á la carrera del foro, y de allí pasó á seguirlos á Zaragoza, en donde se hallaba, cuando ocurrieron los sucesos de Madrid y de Bayona.

Mina, por el temple enérgico de su espíritu, no podía dejar de tomar parte en el movimiento general, y abandonando los es-

tudios, se presentó á servir en clase de voluntario en el ejército del Norte. Los reveses sufridos por los ejércitos españoles, que no pudieron hacer frente á las tropas aguerridas de Napoleón, no entibiaron para nada la resolución de Mina, pero sí le hicieron tomar diversa dirección. Proyectó entonces hacer de las montañas de Navarra el teatro de la guerra, reuniendo algunos jóvenes acostumbrados á la vida de cazadores, para molestar continuamente la retaguardia del enemigo, interceptando sus convoyes y correos y atacando sus destacamentos. Las primeras pruebas fueron felices: con doce hombres que lo eligieron por su caudillo, sorprendió un destacamento francés de veinte, que fueron hechos prisioneros sin resistencia. Tan buen resultado excitó á otros muchos á seguir su ejemplo, siendo éste el principio de la insurrección de la Navarra, que fué imposible á los franceses sofocar, aunque emplearon para ello mucho número de tropas y ejercieron las más atroces persecuciones. Mina consiguió en breve organizar en la Navarra, Cuerpos numerosos de voluntarios, de los cuales fué nombrado Comandante, con el grado de Coronel, por la Junta Central, y la de Zaragoza le confirió el mando del alto Aragón; pero tuvo la desgracia de ser hecho prisionero en una acción, después de haber recibido muchas heridas, y fué conducido al

castillo de Vincennes, cerca de París, en el que permaneció durante toda la guerra, y en esta prisión se dedicó al estudio de las matemáticas y de las ciencias militares, bajo la dirección del General Labsoire, aprovechándose de la excelente biblioteca del mismo castillo: su tío, Don Francisco Espoz y Mina, le sucedió en el mando de la Navarra, en el que se hizo memorable por las guerrillas que organizó, que vinieron á ser un ejército respetable, con el que tanto daño causó á los franceses.

Con la terminación de la guerra, Mina quedó en libertad y pasó á Madrid, pero siendo decidido por las ideas liberales, no pudo sufrir que Fernando hubiese restablecido el poder absoluto, y habiendo rehusado admitir el mando que el Ministro Lardizábal le ofreció, de uno de los Cuerpos de tropas destinados á Nueva España, volvió á Navarra, en donde de acuerdo con su tío Espoz, intentó hacer una revolución para restablecer la destruida Constitución. Sus planes se frustraron, y tío y sobrino tuvieron que huir á Francia, de donde el último pasó á Londres, y se le asignó por el Gobierno inglés una pensión considerable: fuese por miras liberales ó por fines interesados, deseaban fomentar la Independencia de Nueva España, con cuyo objeto le proporcionaron un baque, armas, y dinero, y tomó informes y noticias de algu-

nos mexicanos, los cuales alucinados ellos mismos y formándose una idea muy errónea del estado de su patria, de la que estaban ausentes hacía tiempo, confirmaron á Mina en su plan de trasladarse á México, con el doble objeto de vengarse del Rey Fernando y de dar vuelo á sus ideas liberales.

Uniósele en aquella sazón el Doctor Don Servando Teresa de Mier de quien hemos tenido tanta ocasión de hablar en diversos lugares de este libro, que hallándose en Londres destituido de todo género de recursos, vivía á expensas de la liberalidad de algunos mexicanos que lo socorrían, y por haber éstos de dejar pronto aquella ciudad, iba á quedar aun sin este corto auxilio. Con Mier, treinta oficiales españoles é italianos y dos ingleses, salió Mina de Inglaterra en el mes de Mayo de 1816, en un buque que fletó, y aunque su primer plan había sido ir á desembarcar en derechura en las costas mexicanas, las noticias que recibió de los reveses sufridos por los insurgentes en aquella época le hicieron variar de intento y se dirigió á los Estados Unidos. Alistáronse bajo sus banderas varios oficiales que habían servido en Europa en los ejércitos franceses é ingleses, algunos de las tropas de los Estados Unidos, y porción de aventureros, de los que abundan en aquel país; concluidas todas sus prevencio-

nes, despachó de Baltimore el buque mismo en que había venido de Inglaterra, expedido por la Aduana para San Tomás, y habiendo anclado cerca del fuerte de Mac Henry, se embarcaron á su bordo en la tarde del 28 de Agosto doscientos aventureros, bajo la dirección del Coronel alemán Conde de Ruuth, acompañándolo una goleta con el Teniente Coronel Myers, y toda su Compañía de artillería. Mina con su Estado Mayor, el Coronel Montilla, colombiano, que había servido á las órdenes de Bolívar, y el Dr. Infante, habanero, que iba en calidad de literato y periodista, se dió la vela de Baltimore el 27 de Septiembre en un bergantín que compró, y antes de salir envió una goleta muy velera á las costas de Nueva España, para instruirse del estado de las cosas y ponerse en comunicación con Victoria, que se suponía ocupaba á Boquilla de Piedras, cuya comisión confió al Dr. Mier; la expedición no se detuvo en la barra del río Bravo más que lo preciso para proveerse del agua y víveres que necesitaba, y levando anclas hizo rumbo hacia la embocadura del río de Santander, en cuya ribera izquierda está situada la villa de Soto la Marina; el 22 emprendió Mina la marcha á la actual población de este nombre, guiado por un natural de ella que había traído consigo de Nueva Orleans.

Sin embargo, éste parece que había olvi-

dado el camino, pues se extravió y la marcha duró tres días, dando un largo rodeo, en el que la tropa padeció mucho por el calor y falta de agua. Mina iba á pie á la cabeza de su división: la vanguardia, compuesta de la guardia de honor, la caballería y un destacamento del 1o. de línea á las órdenes del Mayor Sardá, no encontró oposición, aunque durante la marcha la siguió á la vista Garza con su caballería, el cual al aproximarse Mina abandonó la villa é hizo que se saliesen muchos de los vecinos, á quienes persuadió que los que iban á llegar eran herejes, que venían á saquear y á cometer todo género de desórdenes. No obstante esta alarma, Mina fué bien acogido por los que quedaron, saliendo el Cura á recibirlo en capa pluvial y palio, y los que habían emigrado fueron volviendo á sus casas. Las lanchas subieron río arriba y condujeron una pieza de artillería con porción de municiones y otros efectos. Mina nombró Alcaldes y las demás autoridades.

Mina dispuso su marcha, y para verificarla, hizo acampar la parte de la división que debía acompañarlo en la ribera derecha del río, á cosa de una legua de Soto la Marina, y allí permaneció algunos días. Teniendo Arredondo muy poca infantería, se dió orden para que marchase á unirsele el Batallón expedicionario de Fernando VII,

que había recientemente destinado á la provincia de Guanajuato, y se dispuso que todas las tropas que se hallaban más inmediatas al río de Tampico, en la línea desde la costa hasta la Sierra Gorda, formasen un Cuerpo de ejército á las órdenes del Coronel del Batallón de Extremadura, Don Benito Armiñan, Comandante general de la Huasteca. En consecuencia, se dirigió éste con el Batallón de su mando á Tampico, y sucesivamente se le reunieron en diversos puntos el Teniente Coronel Don Facundo Melgares, con una sección de caballería de Durango ó Nueva Vizcaya; el Teniente Coronel Don Francisco de las Piedras con el Escuadrón de Tulancingo; el Mayor Ráfols con el Batallón 1o. Americano, y un piquete del Provincial de México; el Capitán Villaseñor con un Escuadrón de Sierra Gorda, y el Capitán Terrazas con un gran número de realistas de Río Verde.

El nuevo insurgente se dirigió hacia el Sur de la provincia de Nueva Santander, pues le urgía ponerse en comunicación con los pronunciados que había en el país; nada extraordinario le ocurrió hasta llegar á la ciudad de Horcasitas, situada á la orilla del río que baja á Altamira. En vista de las noticias que allí adquirió, queriendo apresurar más su marcha, mandó Mina una partida á tomar setecientos caballos mansos, pertenecientes al Coronel Don Cá-

yetano Quintero, dueño de la hacienda de El Cojo y uno de los jefes más activos del partido realista, quien los había hecho reunir allí para servicio de las tropas reales. Esta presa fué de la mayor importancia para Mina, pues aunque la mayor parte de ellos se extravió en la obscuridad de una de las noches inmediatas, pasando una cuesta áspera por un sendero estrecho y dificultoso en la continuación de la marcha, los mejores habían sido escogidos por los soldados y sirvieron para montar toda la división.

Mina, que no tenía intención alguna de combatir, sino que por el contrario, procuraba evitar todo encuentro doblando sus marchas hasta reunirse con los insurgentes del Bajío, había aprovechado la ventaja de tener su gente bien montada, y cuando Armiñan estaba todavía en la misión de Baltasar, á dos jornadas de Horcasitas, en donde recibió los caballos muy precisos que pudo conseguir, tomados por Mina, los que debían haber servido á su tropa, éste se hallaba á corta distancia del Valle del Maíz, á donde había llegado el Capitán Villaseñor con su Escuadrón de Sierra Gorda para unirse con Armiñan. Súpose en esto la marcha de Mina por avisos repetidos de los lugares del tránsito, y aunque Villaseñor no contaba con más fuerza que con su Escuadrón, que tenía 120 hombres, y

con 32 realistas de aquel pueblo, resolvió salir á prevenirlo, ocupando las gargantas de la sierra por donde Mina tenía que pasar. Este, por la rapidez de sus marchas, las había ya dejado atrás, y cuando Villaseñor llegó al punto de Lobos, distante tres leguas y media del Valle del Maíz, supo por sus avanzadas que Mina acampaba aquella noche á dos leguas de distancia, por lo que retrocedió, situándose ventajosamente en una altura junto al camino. Mina destinó los mejores tiradores de la Guardia de Honor y del Regimiento de la Unión á hacer el servicio de guerrillas, y cuando por el fuego de éstas la izquierda de los realistas se replegaba sobre su reserva, cargó con el grueso de la división y obligó á Villaseñor á retirarse hasta las calles de la población, pero no pudiendo sostenerse ni aun en ellas, salió por el extremo opuesto, siguiéndolo Mina con veinte húsares, con los cuales lo persiguió hasta el valle de San José, dos leguas más adelante, en dirección á San Luis. Villaseñor sufrió una pérdida considerable: Mina tuvo varios heridos, uno sólo de gravedad. é hizo seis prisioneros, que dejó en libertad. Esta acción, que se dió el 8 de Junio, fué la primera en que Mina se hizo conocer á sus soldados, cuya confianza y afecto ganó por la intrepidez y habilidad de que dió pruebas, así como él mismo pudo

contar con la decisión y valor de aquellos.

Sin detenerse más que lo absolutamente preciso, dobló sus marchas, y en la noche del 14 llegó á alojarse á la hacienda de Peotillos, á quince leguas de San Luis Potosí. El mayordomo y criados de la hacienda habían huido, llevándose el ganado y las provisiones, por lo que los soldados de Mina, fatigados y hambrientos, se encontraron sin cena, pero prevaleciendo el cansancio, se echaron á dormir, esperando para el día siguiente un buen rancho, mas antes de que estuviese preparado se avistó el enemigo y fué menester correr á las armas. Viéndose asaltado por fuerzas tan superiores, trató el navarro de replegarse hacia la hacienda para reunir todas las suyas; mas los realistas, animados por este movimiento retrógrado, hicieron un fuego vivísimo que causó la muerte de muchos de la división de Mina. Este, conociendo que la retirada era imposible, hizo alto, formando un cuadro para rechazar á la caballería, que lo atacaba por los flancos y espalda: dejó que los realistas se acercasen, y entonces, después de tres "hurrahs" que gritaron con el mayor entusiasmo sus soldados, mandó hacer una descarga á quemarropa y avanzó con denuedo á la bayoneta. La caballería de Rioverde no pudo resistir y cayó en desorden sobre la infantería;

ésta se desordenó también y todos huyeron con tal prisa, que el Teniente Coronel Piedras, Comandante de la caballería, arrastrado por el torrente, no paró hasta Rioverde, y no se supo de él en muchos días.

Mina continuó su marcha al Real de Pinos, á cuyas inmediaciones llegó al anochecer, después de tres días en que los soldados apenas habían probado bocado, marchando inciertos del camino que debían seguir; un oficial mandando de descubierta con una partida de caballería se encontró con otra de los insurgentes, los cuales, no teniendo noticia de la aproximación de Mina, y viendo tropas bien armadas y uniformadas, creyeron que eran realistas y comenzaron á hacer fuego. El oficial logró con dificultad hacerlo cesar y entrar en parlamento, siendo el resultado que quedando él mismo en rehenes, llegasen á ver á Mina algunos de los de la partida. La alegría de éste y de su división fué grande, habiendo obtenido por fin el objeto de sus deseos, que era ponerse en comunicación con los que miraba como sus aliados. Mina pasó á ver al Comandante de la partida, que se llamaba Don Cristóbal Nava, y en la tarde volvió acompañado por éste á su campamento. El traje de rancharo de Nava, su sombrero adornado con una ancha toquilla de galón de plata y un cuadro de la Virgen de Guadalupe, llamaron la atención

de los soldados de Mina, y no menos el aspecto grotesco de la gente de Don Cristóbal, que estaba, no obstante, bien montada y armada.

Informado Mina por Nava, de que á cinco leguas de allí había un rancho en que podía alojarse, y que cuatro más adelante estaba el fuerte del Sombrero, se puso en marcha lleno de satisfacción; á poco rato avistó el fuerte del Sombrero, donde á su vez ya se tenía noticia de la aproximación del caudillo y se le esperaba con curiosidad é interés. Mina, con su Estado Mayor, entró en el fuerte en la madrugada del 24 de Junio; su división, habiéndose puesto en marcha algún tiempo después, llegó por la tarde y fué recibida con las más cordiales muestras de regocijo. Su fuerza, al entrar en el fuerte, ascendía á doscientos sesenta y nueve hombres, entre ellos veinticinco heridos, y en treinta días de marcha, por los diversos rodeos que había tenido que hacer, habría andado doscientas veinte leguas, atravesando tan gran distancia por un país ocupado por los realistas, casi siempre á la vista de éstos, en medio de las mayores privaciones, pues se habían pasado dos y tres días sin raciones, y en una sola vez que se hizo más de una comida, ésta fué de carne de vaca, sin pan; en medio de tantas fatigas y escaseces, había ganado dos acciones reñidas, una de ellas contra una fuerza ocho

veces mayor que la suya, y tomado un lugar fortificado: trabajos todos que la tropa sufrió con alegría, viendo que su jefe era el primero en tomar parte en ellos, poniéndose á su cabeza á la hora del peligro y animándola con sus palabras y ejemplo. Toda esta serie de sucesos había hecho subir la reputación de Mina al más alto punto, y sus soldados eran mirados como una casta de hombres extraordinaria.

Pocos días de descanso dió Mina á sus soldados y volvió á salir del fuerte con Moreno y Ortiz para otra expedición con diferente objeto. El Marqués del Jaral, Coronel del Regimiento á que por su apellido se dió el nombre de Moncada, residía en la hacienda de que tomaba su título, y aunque el restablecimiento de la tranquilidad en aquellos contornos hubiese removido todo riesgo, tenía á la gente de la hacienda armada, y los edificios de la finca, que eran muy extensos y sólidos, estaban defendidos por parapetos y artillería, habiéndose aumentado su fuerza con los fugitivos de la acción de San Juan de los Llanos, que habían ido á refugiarse á aquel lugar. El Marqués era hombre muy rico y se decía tener guardado mucho dinero. Mina se propuso apoderarse de este tesoro, y proveer su caja militar á expensas del Marqués. Con este intento se puso en marcha con tal precaución, que estaba á la vista de la hacienda

el 7 de Julio, sin haber sido descubierto. Las fortificaciones de la hacienda, inexpugnables para los insurgentes, cayeron sin resistencia en poder de Mina: el Marqués huyó, y temiendo que estuviere interceptado el camino de San Luis Potosí, se dirigió á la hacienda del Bizcocho, dejando encargado á su Capellán que recibiese y obsequiase á Mina, dándole cuanto necesitase, pero suplicándole no causase perjuicio en los edificios: la guarnición, aunque ascendía á unos trescientos hombres, se retiró con el Marqués sin intentar defenderse, abandonando tres cañones que tenía. Era ya de noche cuando Mina con su división entró en la hacienda, y sorprendido de no hallar resistencia, creyó que se le había prevenido alguna emboscada, pero habiéndose asegurado de no haber riesgo alguno, dió inmediatamente orden á sus tropas para que respetasen las propiedades y no maltratasen á los habitantes. El día siguiente, se trató de buscar el dinero que se decía tener encerrado el Marqués, y habiendo comenzado á cavar en una pieza inmediata á la cocina, en que un criado de la casa dijo que estaba el tesoro, se encontraron desde luego algunos pesos, lo que hizo se procediese con mayor empeño en la excavación en presencia de Mina, Moreno, Ortiz y tres oficiales del Estado Mayor, habiendo colocado centinelas á la puerta, y conclui-

da la operación, se contaron 140,000 pesos. El Marqués, en el informe que dió al Gobierno, dijo que se le habian tomado en dinero 183,300 pesos; 86,000 en barras de plata, y en efectos de la tienda, semillas y ganado, 37,100 pesos más, subiendo la pérdida total á 306,400; es probable que á pesar de las precauciones que se tomaron por Mina, á la vista de tan rica presa, algunos de los concurrentes se aprovecharan de ella y ocultasen más que lo que Mina cogió. En carros y en acémilas fué enviado el dinero al Sombrero, y durante el camino aún se perdió alguna cantidad.

Antes de llegar al fuerte, encontró Mina en un rancho inmediato á Don Miguel Borja, quien le avisó que lo esperaban el padre Torres con el Dr. S. Martín y el Lic. Cumplido, estos últimos comisionados por la Junta para felicitarlo por su llegada. Mina salió el día siguiente por la mañana, temprano, y llegando al fuerte de los Remedios se encontró con los sujetos referidos. Tratóse en las conferencias que con ellos tuvo, de arreglar el plan de operaciones que debían seguir, que por entonces se redujo á sostenerse en los puntos fortificados, ocurriendo todos á su auxilio cuando fuesen atacados. El mando en jefe se dió á Mina, que se empeñó en hacer todos los esfuerzos conducentes para hacer triunfar el partido que había abrazado, y con los re-

curso que le proporcionó la presa del Jarral, hizo que se trabajase sin descanso en habilitar armamento y municiones y en hacer vestuarios y calzado, que contrató en la misma villa de León, ocupada por los realistas. Para dirigir las fortificaciones del cerro de San Gregario y organizar tropas en el territorio dependiente del padre Torres, acompañó á éste cuando regresó á aquel fuerte el Coronel Novoa, y se dieron al mismo Torres ocho mil pesos, para que comprase víveres con que aprovisionar el cerro del Sombrero.

Salió á expedicionar el caudillo navarro y obtuvo algunos pequeños éxitos que contribuyeron á aumentar la fama de entendi-do que disfrutaba entre los insurgentes. Observaba Mina con la mayor vigilancia los movimientos de los realistas, é informado por sus espías de la marcha de Negrete á Silao, se propuso aprovecharse de su ausencia para sorprender á la guarnición que había quedado en León. Salió al efecto del fuerte en la tarde del 27 de Julio con su división, una pieza de artillería y alguna caballería del país, que todo ascendía á 500 hombres, pero aunque se acercó con cautela para dar el golpe aquella noche, una partida realista que encontró á corta distancia de la población, volvió á ésta, habiéndolo reconocido, y dió la alarma, de suerte que cuando Mina se presentó fué re-

cibido con un fuego vivísimo de cañón y fusilería, no obstante el cual llegó á penetrar hasta la plaza y ocupó uno de los cuarteles, pero tuvo que retirarse al rayar el día, por no poder esperar un resultado favorable. El mal éxito de este ataque considerado, fué el primer revés que Mina experimentó: su pérdida pasó de 100 hombres, entre ellos 21 prisioneros que fueron fustilados al día siguiente, y entre los muertos fué uno su mayor general, Márquez, que era oficial de valor.

Mina hizo algunos prisioneros que dejó libres, y volvió, sin ser perseguido por los realistas, al fuerte, á esperar el ataque de Liñán, que no podía tardar, como en efecto sucedió. En los primeros días el sitio fué soportable y se creyó fácil aprovisionar el fuerte desde fuera, pero varias tentativas hechas en ese sentido fracasaron. Los sitiados se hallaron en breve reducidos al último extremo por falta de agua: la provisión que cada uno había hecho en el fuerte antes de comenzar el sitio, se consumió bien pronto y era muy difícil y peligroso tomarla del arroyo que corría por la barranca dominada por los realistas, los cuales establecían todas las noches un cordón de centinelas para impedir bajar á sacarla.

Los remanentes de las cañadas estaban agotados y la esperanza de las lluvias se había frustrado, pues para mayor tormento,